

Historietas y poemas

LA EXCURSIÓN

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando, pero debía de ser un buen rato porque el sol, que cuando salió recién asomaba por el horizonte, estaba ahora bien alto en el cielo. Y como empezaba a estar cansado y sediento, Moctezuma empezó a caminar más despacio y a fijarse un poco más en todo lo que le rodeaba, intentando encontrar un lugar a la sombra para descansar y, si fuera posible, algún punto de suministro de agua.

Al cabo de unos minutos llegó a un parque salpicado de árboles que le ofrecía un césped verde y brillante muy apetecible, además de una fuente permanente de agua que le alivió de su creciente sed. Después de beber, se acomodó bajo un frondoso pino y se dedicó a observar a los pocos paseantes, en su mayoría ancianos y ancianas en pareja que recorrían los senderos del parque ofreciéndose mutuo apoyo al caminar.

La placidez que sentía a su alrededor le llevó a descabezar un sueñecito muy satisfactorio y, cuando abrió los ojos, el sol había avanzado en su trayectoria. Moctezuma decidió volver a ponerse en marcha, esta vez ya pensando en volver a casa puesto que, aunque iba sin reloj, su estómago empezaba a lanzarle persistentes avisos. Intentó orientarse, pues se encontraba un poco perdido después de haber caminado mucho; además, el lugar en que se encontraba, aunque vagamente conocido, no era uno de los que solía frecuentar.

Después de dar unas cuantas vueltas medio perdido, pareció encontrar cómo volver sobre sus pasos, y más rápido que lento, atravesó varias calles desérticas, encontró el modo de cruzar dos carreteras casi a la carrera, y al